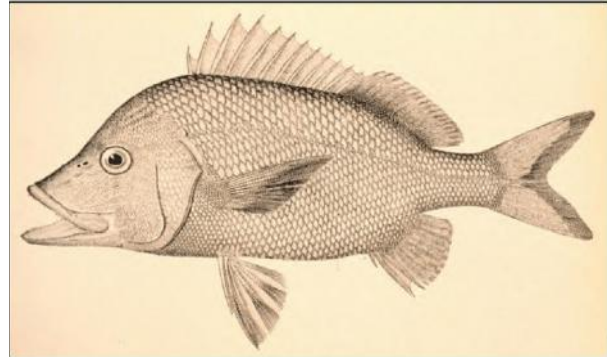


El Estudiante, el Pez, y Agassiz



Fue hace más de quince años que yo entré en el laboratorio del Profesor Agassiz, y le dije que me había inscrito en la Facultad de Ciencias como estudiante de ciencias biológicas. Él me hizo unas pocas preguntas acerca de mi propósito en llegar a la escuela, mis antecedentes generales, la manera en la cual me proponía usar más adelante el conocimiento que pudiera adquirir, y finalmente, si yo deseaba estudiar alguna rama en particular. A esto último yo respondí que, de ser posible, yo deseaba ser experto en todas las ramas de la zoología; yo tenía la intención de dedicarme específicamente a los insectos.

“¿Cuándo desea empezar?” preguntó él.

“Ahora mismo,” respondí.

Esto pareció complacerlo, y con un enérgico, “Muy bien,” él alcanzó de un estante un inmenso frasco con especímenes en alcohol amarillo.

“Tome este pez,” dijo, —“y obsérvelo; nosotros lo llamamos un *Haemulon*; más tarde yo le preguntaré qué ha visto.”

Con eso, me dejó, pero en un momento regresó con instrucciones explícitas en cuanto al cuidado del objeto que me estaba confiando.

“Ningún hombre es apto para ser un biólogo si no sabe cómo cuidar los especímenes.” dijo él.

Yo debía mantener el pez delante de mí en una bandeja metálica, y de vez en cuando humedecer la superficie con alcohol del frasco, siempre teniendo cuidado de volver la tapa a su lugar y apretarla bien. Aquellos no eran los días de tapas de vidrio pulido, y frascos de exhibición de formas elegantes; todos los viejos estudiantes recordarán los enormes frascos de vidrio sin cuello con sus tapones con gotera manchados de cera, medio comidos por insectos y cubiertos de suciedad por el polvo. Entomología era una ciencia más limpia que la ictiología, pero el ejemplo del profesor, que había llegado hasta el fondo del frasco para sacar el pez, era contagioso; y aunque este alcohol tenía “un

olor muy añejo a pescado,” en realidad no me atreví a mostrar alguna aversión dentro de esos sagrados precintos, y traté el alcohol como si fuera agua pura. Yo estaba callado, consciente de un pasajero sentimiento de desilusión, porque mirar un pez no le dice nada a un ferviente entomólogo. Mis amigos en la casa, también fueron fastidiados, cuando se dieron cuenta de que ninguna cantidad de *eau de cologne* apagaría el perfume que me perseguía como una sombra.

“En diez minutos yo había visto todo lo que pudiera ser visto en ese pez, y comencé a buscar al profesor, sin embargo él había dejado el edificio de la universidad; y cuando regresé, después de detenerme con algunos de los extraños animales almacenados en el apartamento de arriba, mi espécimen estaba completamente seco. Lancé el fluido sobre el pez como para resucitarlo del desfallecimiento, y miré con ansiedad, esperando un retorno a la apariencia normal. Pasado este pequeño susto, nada podía hacer sino volver a contemplar fijamente a mi silencioso compañero. Pasó media hora, pasó una hora, y otra hora; el pez comenzó a verse detestable. Le di media vuelta, y una vuelta entera; viéndole la terrible cara; lo vi por atrás, por debajo, por arriba, por los lados, por un ángulo de tres cuartos, tal cual espantoso era. Yo estaba desesperado; una hora antes de lo normal llegué a la conclusión de que era necesario el almuerzo; así que, con un alivio infinito, cuidadosamente coloqué de nuevo el pez en el frasco, y por una hora yo estaba libre.

A mi regreso, fui informado que el Profesor Agassiz había estado en el edificio, pero que se había ido y que no regresaría al edificio por varias horas. Mis compañeros estudiantes estaban tan ocupados como para perturbarlos con una conversación continua. Lentamente saqué aquel abominable pez, y con un sentimiento de desesperación, lo miré de nuevo. No podía usar una lupa; instrumentos de cualquier clase estaban prohibidos. Mis dos manos, mis dos ojos, y el pez; parecía un campo muy limitado. Metí mis dedos en su garganta para ver qué tan afilados eran sus dientes. Comencé a contar las escamas en las diferentes filas hasta que estaba convencido de que eso no tenía sentido. Al fin de cuentas me llegó un pensamiento—dibujar el pez. Al dibujarlo, con sorpresa comencé a descubrir nuevas características en la criatura. Justo entonces el profesor regresó.

“Eso está bien,” dijo él; “un lápiz es uno de los mejores ojos. También me da gusto ver que usted ha mantenido mojado su espécimen y el frasco bien tapado.”

Con esas alentadoras palabras él añadió—

“Bien, ¿qué es lo que ha visto?”

Él escuchó atentamente mi breve ensayo de la estructura y las partes del pez, cuyos nombres todavía me eran desconocidos; las agallas arqueadas y con flecos, la cubierta movable de las agallas; los poros

de la cabeza, los labios carnosos, los ojos sin cubierta; la línea lateral, la aleta espinal, y la cola ahorquillada; el cuerpo comprimido y arqueado. Cuando yo había terminado, él se quedó como si esperara más, y entonces dijo con un aire de frustración:

“Usted no ha visto con mucho cuidado;” y continuando con más seriedad, dijo “¿Por qué no ha visto una de las características más visibles del animal, que está con tanta claridad delante de sus ojos como el pez mismo? Observe de nuevo; observe de nuevo.” Y me dejó solo con mi desventura.

Yo estaba indignado; Yo estaba mortificado. ¿Aún más de aquel mísero pez? Pero ahora me di a la tarea con voluntad, y descubrí una cosa nueva tras otra, hasta que vi cuan justa había sido la crítica del profesor. La tarde pasó rápidamente, y cerca del final, el profesor inquirió,

“¿Ya la vio?”

“No,” respondí. “estoy seguro que no, pero veo cuan poco había visto antes.”

“Eso es lo segundo mejor,” dijo con honestidad, “pero yo no lo voy a escuchar ahora; regrese su pez a su lugar y váyase a casa; quizás usted tendrá una mejor respuesta en la mañana. Lo examinaré antes de que usted observe el pez.”

Eso fue perturbador; no solo debía pensar en mi pez toda la noche, estudiando sin tenerlo delante de mí, tratando de descubrir cual podría ser esa característica más notable pero desconocida, y sin revisar mis nuevos descubrimientos yo debía dar una cuenta exacta de ellos el próximo día. Yo tenía una mala memoria; así que caminé a casa distraído, perplejo.

El cordial saludo del profesor la mañana siguiente fue reconfortante. Aquí estaba un hombre que parecía tan ansioso por saber si yo vería por mí mismo lo que él sí veía.

Pregunté —“¿Quizás usted querrá decir que el pez tiene lados simétricos con órganos pares?”

Sus palabras expresaron una complacencia total, —“¡Por supuesto, por supuesto!” y fueron un pago para las horas en vela de la noche anterior. Después de que él había disertado más feliz y entusiasmadamente (como él siempre lo hizo) sobre la importancia de este punto, me aventuré a preguntar qué debía hacer después.

“OH, ¡observe su pez!” dijo, y me dejó de nuevo a mi propia suerte. En un poco más que una hora él regresó y escuchó mi nueva lista.

“¡Eso está bien, eso está bien!” repitió, “Pero eso no es todo; continúe.” Y así por tres largos días, él puso aquel pez delante de mis ojos, prohibiéndome ver cualquier otra cosa más, o usar cualquier ayuda artificial. “Observe, observe, observe,” fue su mandato repetido.

Esta fue la mayor lección de entomología que yo jamás tuve—una lección cuya influencia se ha extendido a los detalles de cada estudio subsiguiente; un legado que el profesor me ha dejado, como a muchos otros, de valor inestimable, que nosotros no podemos comprar, del cual no podemos apartarnos.

Un año después, algunos de nosotros estábamos divirtiéndonos dibujando animales extraños en la pizarra. Dibujamos peces estrella; ranas en combate mortal; gusanos con varias cabezas; imponentes peces parados en sus colas y llevando sombrillas arriba; y peces grotescos con bocas abiertas y ojos de mirada fija. El profesor entró poco después, y estaba tan entretenido como cualquiera con nuestros experimentos. Él vio los peces y dijo

“Fulano de tal, dibuje *Haemulons*, todas las clases que hay.”

De verdad, hasta este día, si yo intento dibujar un pez, no puedo dibujar otra cosa que no sea *Haemulons*.

El cuarto día, un segundo pez del mismo grupo fue puesto al lado del primero, y se me ordenó señalar los parecidos y las diferencias entre los dos; siguieron uno, y otro, y otro, hasta que tuve a toda la familia delante de mí y una legión completa de frascos cubría la mesa y los estantes de alrededor; el mal olor se había convertido en un agradable perfume; y hasta ahora ¡el cuadro de un tapón viejo de seis pulgadas comido por los insectos me trae fragantes memorias!

Tuve que revisar todo el grupo de *Haemulons*; y, ya fuera que estuviera ocupado en la disección de órganos internos, la preparación y examen de la estructura ósea, o la descripción de varias partes, el entrenamiento bajo el profesor Agassiz en el método de observar los hechos en su orden dispuesto estaba siempre acompañado por la exhortación urgente de no estar contento con eso.

“Datos son cosas tontas,” decía él, “hasta que son conectados con alguna ley general.”

Al final de ocho meses, fue casi con renuencia que yo dejé esos amigos acuáticos y me volví a los insectos; pero lo que yo obtuve por esta notable experiencia ha sido de un valor más grande que años de investigación posterior en mi grupo favorito, los insectos.